

SUSANA TE LLAMA

I

FALTANDO 45 MINUTOS PARA LA MEDIANOCHE, los repetidos timbrazos del teléfono se confundieron con la música que ambientaba la reunión navideña.

—¡Millos! ¡Millos! Es para ti. Te habla Susana.

Emilio dejó de fotografiar a sus sobrinas y a su hijo, quienes, atentos escrudiñadores, junto al árbol de Navidad investigaban para quién era tal o cual obsequio. Levantó sus 95 kilos del sillón, suspiró, y sin dejar de lado la Nikon se acercó al auricular.

Susana, pensó, su benefactora, su mecenas, quien le había conseguido la chamba fija para la revista *Naturaleza*. Treinta portadas seguidas en el semanario garantizaban su permanencia. No había hecho quedar mal a su bien amada amiga.

—¡Quihúboles, mi Susa! ¡Felicidades!

—¡Emilio! ¡Te necesito! Vente de volada. Estoy en casa. Trae tu cámara —urgió del otro lado del hilo una voz ansiosa, desesperada.

—Calma, mujer, falta muy poco para Navidad. Estoy con toda la familia. No...

—Es asunto de vida o muerte. Te espero.

Y colgó.

Emilio, con el tubo en la mano se quedó con el «estás loca...», a punto de iniciar. Pinche vieja, pensó. Que vaya su madre, pero la verdad sí se oía mal, como histérica.

Además le debo la chamba de la revista. Y bueno, no sólo ésa, cuando más jodido he estado me ha echado la mano. Qué maldito remedio.

Con la cámara al hombro, y el suéter sobre el brazo, Emilio se acercó al doctor Del Águila, su padre, para informarle que tenía un asunto urgente, no cenaría y deberían prescindir de él como *cantador* de los regalos. Que lo entendiera. Ahí se verían mañana, explicó.

—Es un asunto de vida o muerte —le dijo, dramatizando la locución.

—No exageres, Millos. Está bien, pero ¿llevas protección?

Emilio recordó los Sico que llevaba en su cartera. Sonrió.

—No va por ahí, viejo, pero sí, llevo protección.

Besó la calva del doctor Del Águila y, sigilosamente se escabulló de la casa.

Ya en el auto, durante el trayecto: calles vacías, uno que otro perro callejero y los semáforos parpadeantes, Emilio daba que daba vueltas a la petición de Susana, la publicista y modelo. ¿Sexo? No ni hablar, por ahí no va. Además, Susana, casada, de muy buen ver con todo y sus 45 años, era muy discreta en sus relaciones extramaritales, a pesar de que era hartito conocido que la vida sexual con su marido era prácticamente nula.

Al recordar a Noel, el esposo, Emilio dibujó mentalmente la corpulenta figura y su desabrido rostro, siempre con un tabaco entre los amarillentos dedos. Nunca le había agradado ese hombre de finos modales, mirada huidiza y ojos extraños, con los iris alargados, como de gato.

En ésas estaba cuando llegó al 320 de la calle de Petén, en la colonia Narvarte. Frenó, ya con punto muerto. «Cuando veas que el semáforo está en alto y te falten unos cuantos metros, pon neutral. Verás cómo se ahorra gasolina», recordó que le decía su difunta Adi. Tomó la Nikon del asiento del copiloto, regresó el rollo usado, lo extrajo. Puso una nueva carga y descendió.

El portón de entrada a la casa estaba abierto. Cruzó el breve jardín. Tocó el timbre. Esperó unos segundos, oyó unos apresurados y cortos pasos de pies descalzos. Al abrirse la puerta se encontró con el bellissimo y pálido rostro de Alejandrina, una modelo argentina con la cual había tenido, semanas atrás una turbulenta sesión fotográfica, que había acabado en mentadas de madre por ambas partes.

—Pasá, Emilio, a la recámara, ahí... ahí está Susa.

Emilio se encaminó por el rumbo ya conocido, escaleras arriba. La voz de Alejandrina lo detuvo:

—No, en la recámara de la tienda.

Desanduvo lo andado y se dirigió hacia el pequeño departamento que, atravesando un jardincito interior, tenía conexión con el restaurante que Noel había inaugurado, con relativo éxito, una veintena de años atrás.

Cruzó la estancia y al llegar al umbral de la recámara la escena lo inmovilizó:

De rodillas, dándole la espalda estaba Susana, reclinada sobre el cuerpo de un hombre en pijama. Brazos y piernas de la publicista-modelo estaban tintos en sangre. La cabellera de la mujer cubría el rostro del occiso. Cuando giró el rostro, con el rímel corrido por las lágrimas, Emilio descubrió la faz del tendido y abrió aún más los ojos.

Era Noel. Toda la cara estaba tasajeada. Cortes oblicuos, largos, cortos. La boca entreabierta. Los ojos fijos, un pedazo de labio, colgando, con todo y bigote, caía sobre el mentón. El lóbulo de la oreja izquierda estaba desprendido, sobre el tapete verde. Todo el rostro era una masa roja, húmeda. Noel, el occiso.

Antes de pronunciar palabra alguna, Emilio jadeó, se sostuvo en el dintel. Estuvo a punto de desmayarse, con náuseas. La voz tipluda de Susana lo hizo reaccionar.

—Rápido, Millos, antes de que le hable a la policía. Sí, rápido, rápido, tómale fotos.

—¿Qué, qué? —balbuceó el fotógrafo.

—¡Que lo fotografíes, hombre!

Instintivamente, Emilio hizo descender la cámara del hombro. Un ligero manazo de Susana lo despertó.

—Rápido, rápido.

—Sí, sí —respondió Emilio mientras enfocaba y disparaba el obturador.

—¡No, no! No te lo dije. No de cuerpo entero, los ojos. Fotografía los ojos.

—¿Los ojos?

—Sí, carajo. Los ojos.

Susana se volvió a inclinar sobre el cadáver. Colocó índice y pulgar sobre un párpado, luego sobre el otro, forzando al cadáver a mostrar las córneas, mientras los flashazos de la Nikon de Emilio iluminaban el lugar.

—Más, más, ahora otra más.

Disparó 38 veces. «Si compras rollos comerciales, siempre carga la cámara en lo oscuro, verás como te da de dos a tres fotos más», recordó Emilio la voz de Adi, quien le inculcó el amor por ella y lo inició en su profesión.

—*Secabó, secabó* —tartamudeó Emilio.

—¿Qué dices, Emilio?, preguntó Susana, furiosa, blandiendo las manos ensangrentadas.

—Que se acabó el rollo, Susana. ¿Quieres más?

—No, con ésas está bien —respondió Susana, alisándose la minifalda y limpiándose las manos en ella.

Alejandrina, boquiabierta en el centro de la recámara, urgió a Susana:

—Cámbiate de ropa. Lávate, no vaya a pensar otra cosa la policía.

Susana se dirigió al baño. Sin cerrar la puerta empezó a desvestirse hasta quedar sólo en pantaletas. Alejandrina le acercó un pantalón y un suéter, mientras se enjabonaba brazos y rostro. Pasó una toalla húmeda por sus piernas. Emilio, estático, la observaba sin ninguna pizca de deseo o pasión en su mirada.

—Pero ¿qué pasó? —se escuchó decir con una voz que percibió lejana, lenta, como un susurro.

Mientras Susana se zambullía en el suéter, Alejandrina respondió:

—Íbamos a pasar la Navidad en casa, cuando a Susa se le ocurrió venir al restaurante por unas botellas de ginebra y unos *yinyerels*. Al entrar vimos luz en la recámara y nos encontramos con esto —dijo, señalando con un moñín de perro pequinés el cadáver tendido de Noel.

Los tres volvieron las miradas al piso. Ahí, con sus ojos fijos, ya sin esa mirada huidiza, Noel los miraba sin verlos. Susana fue la primera en reaccionar. Se acercó al teléfono. Marcó.

—Millos, mi amor, ahora vete, que la policía no tardará en llegar. No quiero que te vean aquí. Vete y revela las fotos de volada. Toma, llévate mi celular. Mañana te hablo a tu casa... Sí, bueno, quiero reportar un crimen —dijo, y tapando la bocina se dirigió a Emilio:

—Y toma, llévate también esto, quémallo, desaparécelo.

Le tendió la mano a Emilio al tiempo que proporcionaba la dirección. Él tomó una bolsa de plástico que contenía la ropa ensangrentada que minutos antes había vestido a la nueva viuda, quien ya colgaba.

—Y, Millos, discúlpame por arruinarte la Nochebuena, pero como ves, este es un asunto grave. Mañana te explico. Y, mira, haz unas ampliaciones grandotototas de todas las fotos que tomaste. Pero anda, hijo, ya vete. Oye, ¿no tocaste nada, verdad? Por eso de las huellas digitales. ¿No? Bien, anda, vete, ya.

A paso veloz, casi a trote, Emilio ganó la salida, se encaminó al auto y lo abrió. Lanzó la bolsa al asiento trasero y colocó la Nikon y el celular entre sus piernas. Encendió el auto. No bien había avanzado un par de desiertas calles, la noche se iluminó con luces albirrojicelestes y los lloriqueos de sirenas inundaron la medianoche.

La policía había llegado. La Navidad, también.

